

NOTICIA DE AMÉRICA EN LA *CRÓNICA RIMADA* DE JUAN DE CASTELLANOS

ROMÁN LÓPEZ TAMÉS *
Universidad de Cantabria

RESUMEN

Un cronista andaluz, contemporáneo de los años primeros del asentamiento español en América, dice en recién nacidos endecasílabos todo lo que vivió como protagonista. Su obra, el poema más extenso de nuestra lengua, es fuente de historia, da noticia de las instituciones políticas y administrativas, fundaciones de municipios, delimitación del suelo nuevo. Y, sobre todo, del encuentro entre culturas y razas dispares que poco a poco se funde en mestizaje. Es la obra de Castellanos narración de hechos verdaderos y escape imaginativo que apenas enmascara la cuidada exposición de su memoria. El cronista, hechura de Medievo y recién estrenado Renacimiento, versifica con infinita paciencia en la soledad y extrañeza del mundo nuevo.

PALABRAS CLAVE

Juan de Castellanos, crónica versificada. América: historia, instituciones, municipios, cultura, razas.

ABSTRACT

An Andalusian chronicler, contemporary of the first years of the Spanish settlement in America, tells us with newly-born hendecasyllabic verses all he lived through as a protagonist. His work, the longest poem written in our language, is a source for history, bears witness to the political and administrative institutions, to the foundation of towns and villages, to the delimitation of the new land. And above all, to the encounter of so distant cultures which little by little melt into crossbreeding. Is the work of Castellanos a truly account of authentic facts and imaginative escape which hardly masks the delicate exposition of his memory.

The reporter, an offspring of the Middle Age and the recently staged Renaissance, versifies with infinite patience amidst the solitude and strangeness of the new world.

KEY WORDS

Juan de Castellanos, chronicle rhymed. America: history, institutions, councils, culture, races.

* Fue profesor de la Universidad de Tunja (Colombia).

RÉSUMÉ

Un chroniqueur andalou, contemporain des premières années de l'installation espagnole en Amérique, expose à partir de ses vers hendécasyllabiques tout ce qu'il a vécu en tant que protagoniste. Son oeuvre, le poème le plus long de notre langue, est une source historique qui nous renseigne sur les institutions politiques et administratives, sur les fondations des communes, sur la délimitation du nouveau sol. Et surtout, il nous parle de la rencontre entre des cultures et des races différentes qui peu à peu finissent par se confondre dans le métissage. C'est l'oeuvre de Castellanos, une narration de faits réels et une évocation de l'imagination que cache à mi-chemin entre le Moyen-Âge et la Renaissance écrit ses vers avec une infinie patience dans la solitude et l'étrangeté du monde américain.

MOTS CLÉ

Juan de Castellanos, chronique versifiée. Amérique: histoire, institutions, municipalité, culture, races.

América es invención europea. Sus límites se establecen dentro de la historia occidental y se puede seguir fácilmente su nacimiento y desarrollo hasta hoy. Privilegiada posición la de Europa, que inventa América, le impone sobre su originalidad las formas de vida occidentales y asiste a la formación contemporánea de su mestizaje. Hoy es una situación incómoda para todos. Por la superioridad europea de espectadores e impositores de manera de estar en la historia y, por otra parte, la servidumbre inevitable de los que, al menos en el primer encuentro, fueron así contruidos aunque ello sucediera en tan distinto escenario.

Para poder entender lo que es la América nacida a finales del siglo XV es necesario acudir a los cronistas de aquel suceso. Son contemporáneos del descubrimiento, soldados con algunas letras, clérigos que encuadraron en moldes de cultura y creación estética —más medievales que renacentistas— la novísima experiencia. Sus relaciones son inmediatas casi siempre, minuciosas actas notariales llenas de abundante experiencia personal. A veces son construcciones literarias, viejos moldes épicos sobre el hecho nuevo americano, pero su naturaleza es tan fuerte que el vestido poético apenas transfigura la historia.

I. Juan de Castellanos es uno de estos cronistas. Poco conocido en España. Quizá sea así porque su observación y noticia americana fue escrita en desmedida cantidad de versos endecasílabos, en octava rima, cuya lectura llega a ser fatigosa aunque ofrezca grandes aciertos y sobre todo excepcional información. Castellanos fue conocedor de primera mano de los hechos del descubrimiento y de la colonización primera. Por otra parte, su vida, con

independencia de su obra, puede ser muestra que define la condición de los primeros conquistadores. Era sevillano, nació en Alanís en 1522. Su biografía es hoy bien conocida pero durante mucho tiempo se le consideró natural de Tunja, en el Nuevo Reino de Granada, fundada en 1539 por el malagueño Gonzalo Suárez Rendón. Y es que en esa ciudad quedó anclado para siempre su ajetreado vivir por el altiplano andino, fue beneficiado de su iglesia catedral durante más de 40 años, hasta su muerte en 1604. Bien cerca aún del nacimiento de América su vida coincide con los hechos primeros de la colonización y establecimiento del suelo fundamental de instituciones administrativas, jurídicas, políticas. Ellas van a ser hasta hoy las informadoras de la fisonomía particular de este mundo nuevo.

Juan de Castellanos llegó en 1541 a la Isla de Puerto Rico –Boriquén– y desde allí comienza su camino. Vivió todo lo que define el primer asentamiento en el Mar que el llama del Norte, el Caribe hoy venezolano y colombiano. Nos dice: “Fui yo de los primeros pobladores / y allí puede tener alguna mano / pues padecí trabajos y sudores” (EL. I, CIII, 26) ¹. Estuvo en Curaçao (1540), en la isla de Cubagua (1541). Luego se va acercando los lugares que serán su asentamiento definitivo en el Nuevo Reino: desde Río Hacha, Santa Marta, Cartagena. Y subiendo por el Río Grande de la Magdalena llega a Santa Fe de Bogotá y a Tunja, último destino de su vida, en el altiplano andino:

“Justo será tractar el fundamento / de Tunja, donde tengo mi reposo / con una medianía de sustento, / sin aspirar a don más fructuoso”.

(Ha. Ct. XVIII, 69)

Decíamos que la vida de Castellanos es significativa de su tiempo. Como soldado de fortuna interviene en tantas ocasiones de conquista y poblamiento de las que nos deja fe, y al final de los años de tanta brega, dificultades, hambres y riesgos, se hace sacerdote. Decide tras tanto andar violento y desabrido “acogerse a sagrado / para llorar el tiempo mal gastado, / con la mudanza del oficio”. Y en Tunja se recluye, es el año 1562. En 1568 obtiene el beneficio tras largos informes: limpieza de sangre, condición de cristiano viejo, vida atemperada. En el dulce clima de otoño permanente del altiplano, Juan de Castellanos serena los humores, ordena los recuerdos y busca en sus vecinos testimonios que le permiten ir reconstruyendo los primeros años de la invención de América. Todos los viajes de Colón hasta las incidencias más pequeñas ocurridas en el nuevo Reino de Granada, desde la primera entrada del adelantado Gonzalo Jiménez de Quesada hasta los presidentes Venero de Leyva y Antonio González.

1. Las Obras de Castellanos que aquí vamos a citar son: *Elegías de varones ilustres de Indias*. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1944, (citaremos como EL., Ct. (Canto), pág.). Y la *Historia del nuevo Reino de Granada*. Colección de Escritores Castellanos (2 vols.), 1886, Madrid. (Citaremos Ha., Ct. (Canto), pág.).

Así nos dejó una extensa noticia de América y lo hizo en una crónica rimada, la más extensa composición épica de nuestra lengua, alrededor de 14.500 versos endecasílabos. Uncidos a veces en el exigente molde de la octava italiana, otras, dejándose ir en versos sueltos en los que la noticia y el hallazgo son más espontáneos y propios. Su obra está dividida en cuatro partes. Las tres primeras, las ELEGÍAS, se refieren al Descubrimiento y a la colonización de la Española, Cuba, Puerto Rico, Trinidad, Isla Margarita y Cubagua. A los sucesos de Venezuela y Santa Marta. A la Historia de Cartagena, Popayán, Antioquia y Chocó. La parte IV se titula “Historia del Nuevo Reino de Granada”. Ofrecen estos libros abundantísima noticia, pero como antes decíamos, servida en un cauce difícil. Fatiga la lectura de interminable sucesión de estrofas. Y es que la obra de Castellanos fue originariamente escrita en prosa y aherrojada luego en octava rima porque el beneficiado de Tunja quería imitar la obra de Ercilla “con sus versos corrientes, lisos, tersos, suaves” y también porque así se lo pidieron algunos amigos. Sorprende la capacidad versificadora pero el alarde del oficio es objeto de curiosidad por el exceso, la habilidad para asociar y embutir en el molde rígido los nombres, múltiples y extraños de personajes, flora y fauna del mundo nuevo. La atención del lector para atrapar la unidad estética no se puede mantener, es un enorme retablo de situaciones yuxtapuestas a la manera medieval, hay aciertos grandes en personajes y naturaleza, pero el navegar sin respiro sobre tal fábrica de versos es costosa.

Castellanos nos ofrece riqueza de datos históricos, siempre verdaderos, como el autor una y otra vez reclama: “así no diré cuentos fingidos / ni me fatigaré pensar ficciones” (El I, Ct I. 5), porque su capacidad versificadora “formó de verdad pura consonancia” (Ha I, Ct I. 15).

Treinta años le llevó la escritura de sus crónicas. Meterse en ellas supone abundancia para llenar cualquier necesidad de estudio americano. Lingüistas como Alvar ² analizan el enorme aporte léxico del sevillano: fauna y flora originales, detalladamente nombradas, es la lengua ante la realidad americana, voces marineras, baquianas, isleñas, chapetonas. Una experiencia nueva y la adaptación del español a una circunstancia geográfica y social tan distinta. Criollos, indios, mestizos. Atrae en Alvar su teoría de la transmisión y transformación del idioma por manos femeninas: “Son las mujeres –dice– quienes aprenden la lengua, ellas la transmiten y la hacen mestiza, como a los frutos que nacen de su vientres”. Para Alvar, Castellanos ya es un escritor criollo. “No lo fueron Ercilla, Oña o Villagrà” (103).

Pero hay algo más que un abundante aporte lingüístico en la obra de Castellanos. Ofrece a la consideración del antropólogo y al jurista el traslado de instituciones españolas al continente americano y su proceso de adaptación: jurídicas, como corresponde al primer fundamento social, así la planta primera

2. Alvar, Manuel. *Tradición española y realidad americana*. Instituto Caro y Cuervo. Bogotá, 1972.

de poblamiento, la jerarquización mínima en el municipio, cabildos, regidores, estructura de la administración y de la justicia, la organización militar en este nuevo escenario, tácticas de ocupación y de guerra, dominios sobre el indio, armamentos. La Iglesia y su ejercicio de adoctrinamiento y sujeción. Vías y caminos. El mestizaje en su primer momento.

II. Y todo ello en una visión del mundo de quien apenas se ha asomado al Renacimiento. Los españoles que llegan a América son portadores de una visión medieval de la vida. Y es que el reto de la soledad del espacio inmenso sin roturar, sin instituciones, extraño siempre y hostil, exige la capacidad rural del medievo. El Renacimiento supone ya civilización urbana, economía dineraria, facilidad de comunicaciones en un comercio fluido y habitual. El reto del espacio recién descubierto exigía la utilización de los recursos anteriores. Y ese es el tono que aún hoy se percibe en el mundo hispanoamericano. Fuera de las ciudades grandes, islotes en el escenario excesivo y hechas a imagen y semejanza del mundo moderno occidental, se ofrece la verdadera realidad americana de los Macondos y los más de cien años de soledad: economía, jerarquía social, endogamia, lucha aún no superada con la naturaleza, división del trabajo y poder social, con la hacienda, el campanario y el señor de vereda. Y otros rasgos de la total fisonomía, porque bien es cierto que los fundadores de una comunidad proporcionan para siempre un perfil que subyace a través de todo cambio social.

Hay un peso que aparece obsesivo en los motivos de los conquistadores: siempre la riqueza y la búsqueda de El Dorado, la esperanza de ser dueños de latifundios, señores de tierra: “porque cada cual de ellos dibujaba / en su desvanecida fantasía / grandes estados, rentas, mayorazgos” (Ha, VII, 232). Sueño de soldados que nos confirma su perfil medieval, guerra y violencia sin más límite que el sobrevivir, crueldad y exterminio del indio en el choque desigual, presencia de la Iglesia, que civiliza, protege y al mismo tiempo colabora tan eficazmente en la sujeción.

Y El Dorado siempre, la utopía como horizonte en el paisaje. Como la búsqueda de Jauja, país de Cocaygne, deseo medieval de lugar vicioso, abundante de comida y bebida, templado, y que no exige esfuerzo alguno de trabajo. El Dorado, investigación ansiosa de toda la tierra americana. En Castellanos el oro es el móvil de capitanes y soldados, y en el Nuevo Reino, oro y esmeraldas. Cerca de Tunja, en la laguna de Guatavita, un cacique “ungido todo bien de trementina / y encima cantidad de oro molido”, se baña en las aguas a las que hace ofrenda “de joyas de oro y esmeraldas finas”. Pero ¿en dónde está El Dorado? Hay tantos como sueños de hartazgo y ambición, “está por infinitas vías derramado”. “Lo finge cada cual do se le antoja, / y en cuanto se descubre, corre y anda / se lleva de El Dorado la demanda” (El, Ct II, 453).

Y también Castellanos frente al infierno de selvas y llanos construyó en la Isla de Margarita su Jaujas, su paraíso templado de clima y abundante de avíos.

Es la descripción común del “locus amoenus”, refugio y sueño: “verdes prados / de naturales y traspuestas flores”, “grande copia de ganados”, “rústicos pastores”. “Y debajo de ramas tan amenas / asientos puestos y las mesas llenas”. Todo acompañado de voces concertadas en su punto y además: “Sirven mestizas mozas diligentes / de condición benévola y humana” (El XIV, Ct I, 152).

Hombres medievales son y llevan consigo un mundo mágico pre-renacentista y, por ello, sus ojos ven en la selva pigmeos de un codo de altura, o salvajes gigantes hermafroditas, amazonas (Orellana). Y van ciegamente en demanda de la fuente de la eterna juventud (Ponce de León), un El Dorado de salud: “Bebiendo en sus aguas pocas veces / lavando las cansadas proporciones, / perdían fealdades de vejeces, / sanaban las enfermas complexiones”. Vuelven las mujeres a ser doncellas: “del agua lo salían todas ellas”. No encontró Ponce de León tal fuente ni la ciudad de las siete colinas de oro, ni los manantiales del Paraíso, “mas descubrió la punta que Florida / llamó, porque la vio en Pascua de Flores” (El, Ct VII, 69).

III. La obra de Castellanos está transida de un fuerte sentimiento de SOLEDAD, los españoles perdidos en un medio inhóspito, sin referencia familiar alguna. Es lugar común que el cronista repita de una y otra manera, incansablemente: “Caminos cenagosos y montañas / tristes, oscuras, ásperas, lluviosas, / y ajenas totalmente de consuelo” (Ha, XV, 435). Extrañeza y miedo ante lo desconocido, hambre y caballos van a ciegas a su destrucción. Es siempre el mismo proceso. Así la de Jiménez de Quesada bajando de la cordillera andina desde Santa Fe a los llanos orientales nunca pisados por europeos, habitados escasamente por tribus nómadas y primitivas. Van con frecuencia a su anegamiento, a morir en medio del espacio excesivo porque al final no buscan oro ni esmeraldas sino el asentamiento mínimo que ponga fin a tanta zozobra. Pero “al cabo de tres años de jornada, / y de más de 300 españoles, / sólo 64 se escaparon, que del mal que traían en el cuerpo / después de esto murieron los más de ellos” ...Y de los indios / que eran mil y quinientos, sólo cuatro, / tres hombres y un gandul, quedaron vivos” (Ha, XXIII, 256).

En Castellanos hay siempre un temor de los españoles en el espacio vacío. Y a lo largo de tanta noticia de expediciones y descubrimiento, el cronista insiste, más que en la fundación de ciudades o logro de éxito económico, en la infinitud de las distancias y la disolución humana en el océano de selva y llanos. Entradas desde Santa Marta, Cabo de la Vela, desde el Opón, Vélez, Tunja, Santa Fe. Por ejemplo, en 1539 se encuentran en la cumbre andina de Bogotá las expediciones de Nicolao Fredimán (Nicolás Federman), Gobernador de Venezuela, que asciende sin caminos desde la costa de Santa Marta a través de los Llanos. Casi mil kilómetros en línea recta: tres años de andadura en lo desconocido. Y así llegaron: “porque venían todos maltratados / casi que sin reparo de vestidos, / tanto que muchos de ellos se cubrían / las carnes con pellejos de venados / y de lo mismo eran las albarcas / de que callosos pies iban

calzados” (Ha, IX, 261). Y del Sur asciende Belalcázar, desde el Perú, busca también las tierras de El Dorado. Realmente todos huían hacia adelante, ya que volver atrás era empresa tantas veces imposible. Defenderse de los ataques indios en tremenda desproporción que se compensaba a duras penas con una experiencia de guerra, los caballos y las armas. Pero el reto no termina nunca: “o por el arenal o tierra dura, / se tienden de cansados y molidos, / llorando cada cual su desventura” (Ha, X, 89).

Soledad de escenario que a veces el cronista nos acrecienta con anécdotas recogidas en su memoria u oído, por ejemplo el soldado que se pierde en la selva o en los llanos. Perderse de los compañeros, separarse en exceso de los demás, es como diluirse en la distancia y la muerte, es el acabamiento seguro. Así, una muestra: Un soldado, “un mancebo natural de los Pedroches” (en la expedición a los Llanos orientales de Jiménez de Quesada) salió hostigado por el hambre a buscar algún grano de maíz o raíces de yuca y “no vio cuando los otros se volvieron”. El muchacho “se fue metiendo más la tierra adentro / en tal manera que quedó perdido / sin saber a qué parte ni por donde / lo había desviado su fortuna, / vagando de esta suerte por espacio / de 6 ó 7 días sin refugio, / con aquel desconsuelo...”. El desenlace fue poco habitual, encontrado medio muerto por unos indios, no le matan sino que le alimentan y devuelven a la expedición del Adelantado.

Soledad de espacio, de instituciones, de referencias familiares, violencia de conquista, hambre y muerte. Estas son las constantes del encuentro americano y que nuestro cronista dice insistente y veraz.

IV. EL HAMBRE es otro de los motivos de la obra del beneficiado de Tunja. América en el trópico era en general un inmenso desierto, suelos sin cultivo ni caminos, el vacío de las selvas, montaña y los llanos. Sin animales domésticos, tras los soldados van –con cuánta dificultad– las primeras vacas, cerdos (expedición de Belalcázar), gallinas (Federman). Además de las semillas, trigo, cebada, base de la alimentación europea. Con la expedición de Jerónimo Lebrón llega “trigo sano y entero, porque quieren / a suelo nuevo dar nueva semilla” (Ha, XIII, 363). Se celebra en Castellanos la precisa referencia de los alimentos americanos, desde el omnipresente maíz a todos los que eran y son aún base de la nutrición del Caribe y Andes, Venezuela y Colombia.

Y el hambre siempre en sus endecasílabos infatigables. “Tanto que perescieron brevemente / más de 60 por aquellos bosques, de enfermedad y hambre traspasados” (Ha, XV, 434). Este es el monocorde estribillo de tantas salidas. Porque no fue la resistencia indígena al expolio la mayor dificultad que los españoles encontraron, sino la falta de alimentos. Por toda la noticia de Castellanos se repite. “Hubo hambre cruel y calentura” (Ha, XI, 111), u “otros tantos murieron entre tanto / de la rabiosa sed y hambre dura” (El, VIII, I, 75). Días y días con tan insuficiente alimento de pobres tallos de bihaos cocidos y aun del cuero de sus adargas. “Y los manjares dulces, regalados / dos puños de

maíces mal tostados” (El V, II, 47). Porque el maíz fue su único remedio y a veces “que sin dalle templanza de candela / les parecía ser en el buen gusto / granos de aquel maná de los judfos” (Ha, XV, 4211). “A Nengupá llegaron todos vivos / aunque de la hambrienta pesadumbre / ellos y los caballos casi muertos” (Ha, V, 147).

Así cuando nos relata las jornadas de Jamaica con Francisco de Garay (1523) y los soldados extenuados por las playas, sin agua ni alimentos. Y describe con cuidado detalle situaciones como la de un soldado bien joven, que desesperado del hambre y la sed al ver un grupo de leones marinos intenta remediarse: “Un muchacho que en esta triste vida / estaba con la sed casi rabiando, / loba marina vio recién parida, / y dos hijos estaba amamantando: / el cual con intención de esta bebida / con gran silencio se la fue llegando / quitó los hijos como quien no toca / y tomóle las tetas con la boca”. Hay un desenlace desafortunado y sangriento (El VIII, I, 75).

A veces, en las expediciones aparecían muertos algún mulo o caballo, “y otros cortados uno y otro labio, / quedando de tal muerte, que juzgaran / jactarse de su buena dentadura, / y que de las ayunas se reían” (Ha XV, 435).

También describe con notas de humor estas situaciones en la expedición de Luis de Lugo (1542), cuando extenuados los soldados por la fatiga y el hambre, se decide enviar exploradores para encontrar enmedio de lo desconocido algún asentamiento que permita vivir y descansar. Era el viaje de los exploradores de siete días. Se les dio –nos dice el beneficiado en su incansable tejido de endecasílabos– a los expedicionarios como único avío un pedazo de queso de Canarias y dos velas de sebo. Y uno de ellos, Fernán Suárez, en presencia del Adelantado “en una de las velas hizo prueba, / saboreándose como quien come / diacitrón o carne de membrillo, / dando mil castañetas con la lengua / hasta dejar el hilo solamente / y aún después, mascujando, recorría / las reliquias pegadas al pabilo, / de que el Adelantado Don Alonso, / con toda su fatiga, no podía / abstenerse de risa por gran rato”. (Ha XVII, 49).

Hambre en un suelo sin roturar, economía basada en el nomadismo y depredación. Así en el Caribe en donde la antropofagia era práctica común (Puerto Rico, costa de Venezuela), así en los Panches, ya en los estribos de la cordillera Central, que tenían a los pacíficos chibchas como segura despensa. Y en el poema, la antropofagia y el temor de los españoles a ser devorados. Falta de proteínas y de sal. De sal: “De las faltas la más intolerable / que en las entradas suele padecerse, / e ya los nuestros carecían de ella” (Ha XXIII, 238). La antropofagia fue hábito entre los indígenas con excepción del altiplano andino. Los españoles quedaron sorprendidos al desembarcar en la costa de la que sería Cartagena y encontrar los restos humanos, pinchados en cañas y puestos a curar al sol: “en guadubas hendidas que tenían / manos y pies de hombres que comían” (El III, Ct VII, 415).

A veces también aparece la antropofagia entre los españoles. Son documentos que bien sirven para el estudio de la naturaleza de las instituciones

morales, imposición oportuna del medio y la necesidad de sobrevivir. Son casos bien extremos como el del soldado Bautista Zapatero, de la expedición de Reinoso y Diego de Losada. Dice Castellanos: “Pues hubo quien en esta coyuntura / abrió los pechos a su compañero, / estando muerto ya de calentura, / y aquesta fue Bautista Zapatero: / el cual se sustentó del asadura / ansí como si fuera de carnero /”. (EL XIII, Ct I, 141). Hay un hecho bien significativo que ocurre en la salida de Jerónimo Lebrón (Ha XV, 418) y que Castellanos así nos narra. Es un intento, casos de extremada locura por hambre: “Y como ya de hambre perecían / un caballero dicho Valenzuela / a los otros juró solemnemente / de matar a la india que era guía y comerse los hígados asados”. A lo que se oponen violentamente los compañeros y uno de ellos –cita su nombre: Iñigo López de Mendoza– le da un pequeño trozo de queso, único que a él le queda, “porque no cometáis caso tan feo”.

V. VIOLENCIA. CONDICIÓN DEL INDIO. Es lógico que en las relaciones de los cronistas del primer descubrimiento y colonización la figura del indio aparezca en primer plano. El indio y su naturaleza, el asombro ante la presencia peninsular, sujeción y crueldad, exterminio. Era inevitable en el encuentro de culturas tan dispares. Guerras feroces, epidemias de viruela, imposibilidad de superar el reto. En el Caribe y en el Nuevo Reino, el mestizaje plenamente cumplido fue el único camino de supervivencia: Francesquillos, indios ladinos, Malinches, mozas mestizas de la Isla Margarita.

Castellanos es soldado primero, luego cura y ve al indio con los primeros ojos. Recoge el asombro ante el español, hombre barbado y que forma extraña unidad física con animales nuevos. Temor ante ser tan monstruoso: “Y si por caso repentinamente, / algún indio los vía, por no verlos, / se dejaba caer desalentado, / apretando la cara con la tierra” (EL I, Ct II, 85). Pero también es Castellanos el primero que nos relata la muerte del capitán Diego de Salcedo en el río Guarabo. Quiso saber el cacique Urayoán si los españoles eran inmortales. Sorprendió bebiendo y solo en el río a Salcedo. Y le hundió la cabeza en el agua durante algún rato. “Una hora sumergido lo tuvieron”. Durante tres días y tres noches vigilaron a su lado por si volvía a la vida. Entonces conocieron la realidad: Salcedo hedía. “Hecha de esta manera larga prueba / de que los españoles son mortales” (El VI, Ct II, 54). Página es ésta de la historia primera de Boriquén, que ha sido aireada por partidos políticos y narradores. Porque tras una vida permanente de experiencia colonial, Puerto Rico ha de ahogar de una vez por todas a los dioses del miedo que, como los Salcedo, se ahogan, son mortales. Porque sólo así puede vivir su propio destino.

Hay en las crónicas del sevillano una curiosidad de antropólogo ya que dedica amplio espacio en el libro primero de la Historia del Nuevo Reino a recoger la tradición de los indios que los españoles llamaron Moscas (Muiscas), cultura chibcha del altiplano de Cundinamarca y Boyacá: origen, teogonías, instituciones jurídicas, jerarquía social, división del trabajo. Hasta tal punto que

lo que el beneficiado recogió, apenas conservado en la memoria de sus indios contemporáneos –carecían de escritura–, ha servido para la reconstrucción más o menos fantasiosa de la mitología chibcha.

Los españoles deseaban en la tierra americana suelo extenso, señorío y siervos. Hay en la interminable sucesión de endecasílabos un desprecio constante al trabajo con las manos. Se burla de los campesinos que Las Casas trajo a Cumaná, de su vestido, talante, de la incapacidad para ser soldados, para la agresión y la defensa en medio tan hostil –fueron destruidos por los indios en los primeros envites– y a lo largo de su desmesurado recorrido de cronista hace referencia al alto señorío de las armas y de su ejercicio. Todos sus compañeros “... son hombres / y cualquiera tiene presunción de valerse por su lanza / como debe hazello quien es bueno, / sin pretensiones de sudor ajeno” (Ha XVI, 13). El ser hombre y además bueno no es ganar el pan con el sudor de la frente y manos en trabajo campesino o mercantil, sino con la lanza.

El indio está en la visión del cronista cerca de los animales. Es imposible vivir “entre indios crueles y bestiales / más brutos que los brutos animales” (Ha XIII, 146). Y se burla de clérigos, por ejemplo, del Obispo Ortiz, que en un primer momento se opuso al trato cruel de los soldados, pero yendo en la expedición del Adelantado Pedro Fernández de Lugo le mataron en una emboscada los indios treinta peones. Ante esta situación Castellanos le hace gritar a los que le restan: “A ellos, hijos mío, que yo os absolveré” (El III, Ct II, 34), bien lejos de la caridad cristiana que predicaba recién llegado de España.

Sin embargo, su segundo y definitivo oficio obliga al beneficiado a reconocer la destrucción de los indígenas y el exceso, “abusos, desvergüenzas, corruptelas / de que las Indias son pública tienda” y certifica, siguiendo la línea de su veracidad en la información: “Y así que los hombres que vinieron / en los primeros años fueron tales, / que sin refrenamiento consumieron / innumerables indios naturales” (El I, C V16). A medida que la crónica avanza –dedicó 30 años a su escritura– el soldado joven deja paso al cura del sosiego y la equidad. Recuerda en su experiencia casos inutilmente crueles como la muerte del Tundama, señor de los chibchas, “trayéndolo desnudo por la calle / de sus mismo sujetos y vasallo, / las manos atrás puestas y ligadas, / y con la soga pendiente del pescuezo, / de que quedó con tanto sentimiento, / que el mismo se ahorcó con el enojo / sin verlo los criados de su casa” (Ha XVII, 102).

La muerte del indio fue incesante, por la violencia de conquista originalmente, luego por la convivencia en esclavitud y abandono: depauperación por hambre, enfermedades ante las que estaban indefensos. En la lucha primera los españoles trataban de sobrevivir, en el primer encuentro se defendían del ingente número de indios que les acosaba. “porque según la gente se juntaba / no digo yo con armas, más con puños / de tierra que tiraran solamente / pudieran oprimillos y ahogallos” (El, VI, 175). Los pequeños grupos de españoles frente a los indígenas, que formaban grandes masas para el combate pero mal dispuestas, acero contra macana. Era muy grande la superioridad táctica

peninsular por la larga experiencia europea, con armas de fuego, caballos, aunque fueran en número tan reducido. También con los perros, a los que alude con frecuencia. Dice de un capitán: “partió luego con gente descansada / y algunos perros bravos y cebados / en indios” (Ha VII, 216). En varias oportunidades celebra el valor y la ferocidad de un experto matador, el perro Becerrillo, en Guayama, Boriquén y siente tanto su muerte en una refriega.

Desde su asentamiento en Tunja cree que la desaparición de los indígenas del Magdalena fue por haber sido empleados como recuas: “Porque como de bestias careciesen / suplían con los indios esta falta/ alquilándolos los encomenderos / como si fueran mulos o caballos” (Ha XVII, 63). Aunque, se queja, a los animales sus amos dan grano y cuidados y a los indios no. “De donde resulta tan gran caída / que pocos o ninguno, herederos / de los descubridores tienen con que / hoy puedan sustentarse ni valerse”. No le preocupa la muerte del indio (es el último tercio del siglo XVI) sino la miseria en que su desaparición deja a los españoles, inútiles en trabajos de agricultura. Se cumple aquí la naturaleza recíproca de la relación amo-esclavo que estudia Sombart; “Aun en aquellos casos en que parece que en vez de una relación social existe una relación meramente mecánica y el subordinado se presenta como un objeto o medio en manos del superior y como privado de toda espontaneidad... tras la influencia unilateral se esconde la acción recíproca que es el proceso sociológico decisivo”³. El esclavo crea al señor. Este sin siervo es nada. El siervo esclaviza asimismo a su dueño.

Como recuas y remeros del Magdalena los indios se fueron extenuando por los caminos de Onda y Mariquita. La fatiga “ha consumido toda la grandeza / que restaba de aquellos remadores”, “donde un remero y otro queda muerto / subiendo tanto tiempo por el río” (Ha XXIII, 323). A los porteadores y remeros hay que añadir la insistencia en el poema del acabamiento de pescadores y buceadores de perlas en la Isla Margarita y en la costa de Venezuela.

Crueldad en toda conquista y más en el medio hostil americano. Aunque lo que sí es cierto es que los pueblos se encuentran como si fueran fenómenos sísmicos. Querer luego medir sin historicismo algunas situaciones de esta naturaleza con varas morales de contemporaneidad es inadecuado y por tanto injusto. Castellanos narra con la naturalidad del soldado que fue hechos que hoy no serían soportables. Por ejemplo, esta nota de su experiencia personal: en 1536 estuvo en Cubagua con la expedición de Antonio de Sedeño (E XII Ct I, 127). Y dice que en una jornada llevaban largas ristra de indios, tras afortunada cacería. Caminaban uno tras otro unidos por “prolijísimas cadenas”, que anudaban los cuerpos. De tal manera estaban entrelazadas las cabezas que cuando cualquier indio enfermaba y no podía caminar era bien difícil sacarle de la ristra porque para ello había que soltar a todos. Preferían cortarle la cabeza. Pero no es este hecho brutal lo que le preocupaba entonces sino que tales muertos iban “dejando

3. Sombart. *Sociología*, Rev. de Occidente, Madrid, 1927, pág. 16.

bien sangrientos los caminos”. Por ello, los tigres (pumas) los seguían como escolta insaciable y si alguna vez no había muertos acudían a los vivos, “y fue tan grande plaga y desventura / que no teníamos hora segura” (El XII, Ct I, 127).

Es lógico que el cura de Tunja haga también referencia a la extraordinaria labor de los misioneros. Franciscanos y dominicos en el primer encuentro, jesuitas en la colonia, realizaron un trabajo tan admirable para paliar el arrasamiento de la conquista. Tarea civilizadora y humanizadora que hoy sorprende por su modernidad. Poco hablan de ella los creadores de tanta leyenda negra interesada, extranjeros, y tantos españoles, ignorantes de su propia condición y celosos enemigos de sí mismos. Sin salir del escenario de Castellanos, en su Tunja fue novicio y se ordenó un servidor de esclavos llamado Pedro Claver, catalán que dedicó su vida en Cartagena de Indias a aliviar la dura vida de los esclavos negros. Poca eficacia, suponemos, tenía sus esfuerzos pero muestra una dimensión profunda de conquista humana en medio de la bárbara institución aceptada. Siempre tuvieron los misioneros presencia insolente y a veces eficaz: “En aquesta razón que voy diciendo / hubo por estas partes y regiones / un clérigo, bendito reverendo, / testigo de muy grandes sinrazones.../ Bartolomé Casaus, se decía / padre de esta moderna monarquía” (Ha XIII, 146). Bartolomé de las Casas y tantos otros. Críticos de la violencia, de la brutalidad de los encomenderos, o constructores misioneros de reducciones en los Llanos (hermanas de las del Paraguay de los jesuitas).

VI. SOLEDAD ADMINISTRATIVA. En la crónica que consideramos hay frecuentes alusiones al entramado jurídico de una primera organización social. Nos parece la obra de Castellanos campo abundante de referencias a tal cuestión y debe merecer estudio adecuado monográfico, más allá de estas anotaciones.

Con los españoles se iba estableciendo una red administrativa civil, militar y religiosa, adaptación de las instituciones peninsulares al mundo nuevo. Paso a paso, tras los soldados se va creando una retaguardia de colonización y mestizaje. Y toda ella supone un tejido jurídico. Es el derecho indiano. Desde la primera Audiencia en La Española a las siguientes de Tierra Firme, se organiza el espacio y las jurisdicciones: “llegar nuevo regente proveído / por la Real Audiencia, residente / en La Española, que en aquella era / tenía larga y extendida mano” (se dice a la llegada de un regente a la ciudad de Vélez, en el altiplano andino).

El primer presidente en el Nuevo Reino fue Don Andrés Venero de Leyva, desde 1563, recordado por los colombianos hoy –Rivas Groot, Liévano Aguirre– como el mejor gobernante y jurisconsulto no sólo de la Colonia sino de la República. Impuso relaciones más limitadas de los encomenderos con los indios, fue trazador de caminos, reguló eficazmente la minería y agricultura.

Castellanos nos habla de la fundación de los municipios, como si de la originaria colonización romana se tratara: “El bosque su lugar desembaraza / escómbranse las playas de estos mares, / dan a su población graciosa traza, /

señálanse la iglesia, dase plaza / repártense por orden los solares / en lo cual andaban negociados / capitán, escuadrones y soldados” (El III, Ct II, 35). Es el paso de los soldados a la vida civil y sedentaria: suelo y su explotación, encomiendas, vías de comunicación, reparto. Sobre todo, aparece en Castellanos la obsesión por los caminos, la salida en aquel mundo confuso y difícil a los lugares del poder y de la decisión. La necesidad de bajar desde el altiplano andino a la costa del llamado Mar del Norte, es decir, el Caribe. O la llegada hasta Santa Fe desde Popayán, Quito, Lima.

Municipios, cabildos, catedrales, iglesias y obispos, curatos y beneficios, regidores, algún oidor, jueces y abogados. El entramado de la vida jurídico-administrativa española trasplantada ahora a la ingenuidad americana. Pero no tiene Castellanos, soldado, buen concepto de esta necesaria urdimbre de la vida social. Porque “con los años, ya quietos, iban creciendo mil desabrimientos / mil pleitos, mil demandas y respuestas” (El V, Ct II, 47), muy dentro de nuestra tradición. Y este primer planteamiento está cerca de la América actual. Por ello encontramos hoy en su fisonomía además de la violencia como hecho de conquista el mestizaje como encuentro inevitable biológico, el vivir de los Macondos municipales, los pequeños asentamientos de población con la mirada siempre puesta en los centros, tan lejanos, de decisión política y administrativa. Nunca el actuar y decidir para sí. La Audiencia de La Española es la última instancia en América. El Real Consejo de Indias, pasado el Atlántico, la definitiva referencia. Todo contencioso cuya sentencia no fuera aceptada por una de las partes, caminaba a Santo Domingo “o pasar a los reinos de Castilla / a se quejar al Rey de sus agravios”. Veamos algún ejemplo de los que abundan en la relación de Castellanos. Un Domingo de Aguirre y otros reclaman por su situación agravada en Santa Fe. Comienzan el viaje interminable: “Y en balsas y canoas que hicieron / bajan luego por el Río Grande / venciendo riesgos y dificultades, / y después de llegados a la costa, / fueron los más a la Real Audiencia, / y Domingo de Aguirre solamente / guio para Castilla su derrota / y en el Real Consejo de las Indias / dio larga relación...” (Ha XX, 136).

De Bogotá al mar, difícil camino. Difícil llegada a Santa Marta y a España, de nuevo la aventura atlántica. Decidir en la Península y volver de nuevo a América. En tanto tiempo de espera moría alguno de los contendientes, naufragaba la nave o no llegaba el correo a lomo de mula por Valledupar, el Opón, Vélez, Tunja, Popayán, Pasto. Hoy la novela, con su aliento épico –esa es su raíz– alude en América a esta imposibilidad física de la distancia y centralización administrativa que tras de la colonia hereda la República. Cuánto Coronel no tiene quien le escriba y en la soledad de los Macondos se esperan noticias, correos, decisiones judiciales o administrativas que no llegan nunca. Como en Antonio de Benedetto y su excepcional “Zama”, reflexión sabia sobre la soledad americana (de la mano de “Civilización y barbarie” de Sarmiento). La espera en medio de la naturaleza nueva, sin caminos, de la decisión de un lejano centro de poder, que defina la vida, jerarquice la autoridad y el trabajo,

mandamiento que nunca llega. Muere la petición en la extrañeza del organismo central, tan ajeno, o en la imposibilidad del correo agobiado de obstáculos físicos porque esa parcela del mundo está aún sin roturar. Cuántos Zama y Coroneles ahogados en la imposibilidad de las distancias.

En la misma biografía de Castellanos encontramos esta situación de desamparo jurídico. Juan de Castellanos es también Zama en 1557. Entabla pleito contra el Obispo de Santa Fe ya que quiere éste repartir su beneficio en dos provisiones y acude a la Audiencia, la cual mediante auto de 4 de Julio de 1559 envía el expediente al Real Consejo de Indias para que decida en definitiva instancia. El barco en que navega Francisco Velázquez, secretario de la Real Audiencia de Santa Fe, naufraga. Y hay que volver a empezar: el 2 de Mayo de 1564 comienza el nuevo expediente en Tunja con las probanzas de Castellanos, méritos y experiencia. Hay nuevos declarantes de todos los extremos necesarios.

Ese era el camino de todos los informes y causas. Desde Lima y Quito a Bogotá y Cartagena. Pasar con suerte el Atlántico, llegar a Sevilla y acceder al Real Consejo de Indias. Tras la demora, la decisión. Y otra vez la navegación en sentido contrario. De un caso cualquiera, de una litis surgida por la imposición de alcabalas en el Nuevo Reino, nos cuenta el beneficio de Tunja: “la causa se siguió según convino / por ante los señores de la Audiencia, / y sin la sentenciar los de esta silla / el pleito remitieron a Castilla / ...Y así se gastan miserables años / con inquietudes, pérdidas y daños.

VII. Son los puntos anteriormente expuestos enumeración abierta de algunas cuestiones que Castellanos ofrece en su inmensa mina. La descripción cuidadosa del escenario nuevo, los españoles y los indígenas en la perplejidad del encuentro. Y el riego de instituciones europeas por el suelo sin roturar, hacer así habitable el mundo americano y poder sobrevivir. El viejo cronista sevillano vive directamente todo lo que narra. Los datos son tan inmediatos y ciertos que es difícil que aves tan pesadas, tan caminadoras por el suelo de la realidad, levanten el vuelo de la creación artística. Aunque se apoyen en el recién estrenado endecasílabo italiano, buen ahormador estético. Es natural que se diga que la lengua española no tiene muestras épicas notables en los siglos XVI y XVII, porque esa épica la vivió directamente en el continente descubierto. Californias, Palmerines, Jaujas, Lanzarotes, Patagonias, estaban ante sus ojos desconcertados y el arte parece que nace grande cuando es sucedáneo de la vida porque ésta no es plena ni intensa.

Juan de Castellanos, el andaluz de Alanís, se esconde cansado tras tanto trasiego de mar y selva y llanos en la alta Tunja, la laguna de Guatavita donde un cacique espolvoreado su cuerpo con oro se bañaba y purificaba, imagen acuciante para la necesidad y fantasía de los soldados de fortuna andaluces, extremeños en busca de El Dorado. Y las esmeraldas de las vecinas Muzo, Chivor, Somondoco. En Tunja, pleno hombre americano ya, recuerda y escribe, quiere reducir a unidad, a memoria inteligible tantos hechos de guerra,

asentamientos y fundaciones. Tanta heroicidad, ruindades y muerte. Quizá el arte sea la pretensión de fijar para siempre lo fugaz, proporcionar conocimiento de lo que múltiple y huidizo construye y acompaña nuestra vida, las cosas en las que somos. Excesiva pretensión del artista de tener todo presente como los dioses y alcanzar con la fijeza y unidad alguna noticia de este extraño navegar nuestro.

Tunja es hoy una ciudad colonial con iglesias y retablos barrocos, con toda la carga ornamental de oro, frutas y ángeles, catecismo para la imaginación desprevenida del indio. Iglesias en las que vivió Pedro Claver antes de marchar como siervo de negros a Cartagena. Aquí se retiró recién fundada la ciudad el beneficiado Juan de Castellanos, autor de las *Elegías de varones ilustres de Indias*.

Con la ventana abierta frente a la casa que fuera del cronista, se hilvanan estas notas.

